Anilú Elías

La ginecología tradicional:

Una misoginia con título profesional

Abominables, les llamaba a los órganos sexuales femeninos. Experimentaba en mujeres a las que usaba como conejos de Indias. Nos referimos a J. Marion Sims, padre de la ginecología en Norteamérica, quien en los establos de su casa efectuaba terribles experimentos, operaba a esclavas negras como Anarcha, a quien por ciento le practicó más de treinta intervenciones. Fundó el Hospital de la Mujer en Nueva York, de donde sacó material abundante para sus pruebas. Abarrotado de mujeres pobres, llenas de enfermedades producto de la miseria y la desnutrición, era el terreno ideal para practicar y, más tarde, presumir de la fama que aún hoy lo acompaña en los Estados Unidos e incluso en Europa. No se puede olvidar que, bajo su influencia, hasta bien entrado este siglo, los ginecólogos en México y en Estados Unidos cortaban el clítoris a las mujeres que "padecían la maligna tendencia a masturbarse", práctica que hoy señalamos como bárbara en los países musulmanes y que nuestras abuelas padecieron ya en pleno siglo XX.

Desde entonces hasta nuestros días en que sin mayor evidencia de gravedad se extirpan matriz y ovarios, se mutilan senos o, en el más inocente de los casos, se venden toda clase de productos para "purificar" nuestras partes íntimas, no ha cambiado la actitud de la ginecología tradicional hacia la mujer: sucia, impura, histérica o hipocondríaca, como quiera que sea, espléndido material para experimentar o enriquecerse a su costa.

Esclavas de la biología por tradición y costumbre, la ciencia llega en el siglo XX a arrancarnos el últimos reducto de nuestra escasa identidad. Cuando parteras y comadronas habían compartido solidariamente la labor de parir y amamantar, la ginecología se autodenomina ciencia y arrebata a la mujer ese campo.

No la entrena ni la introduce en el "santo recinto" del hospital. ¡No! Ese es el templo del saber masculino. Sacan, en cambio, a la mujer de su casa y la llevan a parir y morir en los sanatorios. El doctor Semmelweiss define la naturaleza de la llamada fiebre puerperal, que no es otra cosa que una infección gravísima por contacto de las manos sucias del médico con las partes íntimas de la mujer. Por esta denuncia, Semmelweiss fue expulsado del hospital en Viena, donde se estrenaba la moderna ginecología y la sofisticada obstetricia que quitó a las mujeres el derecho de ser atendidas por mujeres que entendían lo que estaban viviendo, y de parir sentadas, acostándolas en la llamada mesa de exploración para comodidad de los médicos.

Valdría la pena hacer un diccionario con frases como las que se emplean en las salas de labor de los hospitales oficiales (mis dos hijos nacieron en el ISSSTE y nadie me lo contó: lo viví): "A ver, madrecita, ¿a qué no gritabas antes?" o "Ya, ya, madrecita, no es para tanto". Enfermeros, ginecólogos y obstetras defienden su derecho al silencio, a la tranquilidad ante el dolor que no comprenden y no han vivido, pero que, a diferencia de otros que su ciencia entiende y acepta como verdaderos, desprecian por cotidiano y, sobre todo, por haber estado precedido —creen ellos con típica mentalidad machista— por el placer, vivencia inadmisible para una mujer.

Cuántas y cuántas mujeres en nuestro país tienen un dispositivo intrauterino que les fue colocado sin que ellas lo supieran; cuántas han sufrido una ligadura de trompas bajo la anestesia de un parto o un legrado, también sin su consentimiento; cuántas más lavan cotidianamente ajeno en medio de dolores menstruales a los que la ginecología llama "normales", en medio de hemorragias a las que ni siquiera se intenta remediar; cuántas otras, de clase alta, padecen el desprecio y el paternalismo de médicos cuyos "principios" les impiden ayudarlas a no usar métodos tan poco seguros, como el ritmo, que sólo angustian y separan a las parejas.

Bastaría ver la importancia que durante siglos se ha dado al embrión por sobre su madre, un ser formado y útil que, frente a un proyecto de vida, es devaluada y colocada en último lugar. Bastaría ver los pocos médicos que se pronuncian a favor del aborto y los que quisieran, en cambio, seguir viendo a la mujer colonizada por la maternidad obligatoria.

Si algo tendríamos que denunciar las mujeres, es esta manera de degradarnos y agredirnos: la ginecología tradicional, una forma más de misoginia, pero con título profesional

Ilustración de Chumy Chumez.